

Y poniendo un rodete de trapo en la ca-
[beza,
alzan, corona fresca, la tinaja cantante.
Y vuelven al camino. Con donosa destreza,
muchas de ellas, llevando las manos ade-
[lante,
hacen girar el huso ligero y susurrante.

El esfuerzo del cántaro da relieve a los
[pechos.
Brillan los ojos zarcos y los ojos oscuros;
las curvas de los cuerpos y de la senda, a
[trechos,
se confunden en besos armoniosos y puros.
Del cántaro hermanitos menores son los
[pechos.

Se ve piernas morenas y se ve piernas
[blancas,
y tobillos desnudos, así como en un friso.
Algunas trenzas rozan las ancas. Y las ancas
se mueven con un ritmo preciso e impre-
[ciso...
El desfile es tan puro, que se dijera un friso.

Mansedumbre amorosa del ala del pañomo,
la del largo crepúsculo... El agua de la
[acequia
ahora canturrea más clara. Un cinamomo
con su aroma antiquísimo y religioso obse-
[quia.

Las lentas aguadoras retornan de la acequia.

MAÑANITA NUBLADA

Madrugo con los pájaros, y salgo.
Anoche llovió un poco. En la senda
ligeramente humedecida y bruna
mis pasos dejan las primeras huellas...
Como un sediento el agua, bebo el aire.
Da gusto este olor nuevo de la tierra.
Parecen unas cabras en las lomas
las casitas aquí y allá dispersas.
La mujer del herrero, mi compadre,
pasa con un chiquillo a la cadera;
su plácido y cordial «muy buenos días»
como un conjuro de salud me suena.
Como una golondrina, en el aljibe,
el agua dulce y gárrula gorjea.
En un gajito seco, una paloma
se espulga el buche. Allí, bajo la higuera
que da sombra al camino, una muchacha
de trenzas rubias y redondas piernas,
más lista que los pájaros, les *roba*
con una caña la primera breva.

ROMANCILLO DEL POETA QUE VOLVIO A SU ALDEA

Soldado que herido
vuelve de la guerra,
pobre, enfermo, triste,
el volvió a su aldea.
Pero, con gran suerte,
fué en la primavera.
Y ella lo esperaba;
pensando en su ausencia,
ella lo esperaba,
noviecita ingenua.
Y él sanó de gusto...

Sí, de sólo verla.
¡Ah, qué linda estaba
su aldea morena,
vestida de rosa
claro y de inocencia!

MAÑANA

Se apaga el lucero... Se apagó el lucero...
Las campanas abren las puertas del cielo.

Por la senda cruzan las lecheras. Muge
una vaca blanca de rosadas ubres.

Ingenuo y alegre lo mismo que un novio
llega el sol, corona del monte amoroso.

Vienen a la acequia las mozas de siempre.
Como el cielo, el agua, de clara, es celeste.

LA CASA

Bienhaya bajo el sol la santidad del día,
y esa chispa del sol: el fuego del hogar,
y ese cantor del sol: el gallo siempre alerta;
la casa abierta siempre para todos igual,
y estas gentes que guardan el candor de
[otros días:
bienhaya ahí a la sombra del árbol tutelar
(el algarrobo indígena que tiene años como
[hojas)

la viejita que arrugan la sonrisa y la edad,
y ese viejo de barbas llenas de temblor santo,
y esa chiquilla que hila con tan prolijo afán,
y ese agricultor joven, nudoso y laborioso,
tierno junto a su tierna mujer que siente ya
bendecido su vientre, bendecida su dicha...
Y bienhaya el mortero que está bajo el
[nogal,
y el grano de la troje, y el agua del aljibe,
y el buen horno de barro donde se cuece
[el pan,
y el perro que dormita junto al umbral
[de piedra,
y con su tela a rayas alegres, el telar
(el mismo de la Biblia), y la viña madura,
como granada abierta de prieta y de feraz,
y, hecho de todo el cuero de un buey, el
[lagar hondo,
y el burro que de pronto rebuzna en el
[corral,
y el camino pacífico y pardo como el burro,
y la cocina humilde de donde asciende en paz
el humo que sin duda, por azul, se va al
[cielo...
Y bienhaya esta vida simple como la sal.

(Del tomo *Libro del Gay Vivir*,
por LUIS L. FRANCO. Buenos
Aires, 1923).

Conviene que haya herejes

Oportet haereses esse, conviene que
haya herejes, dijo San Agustín. Tengo
más fe en San Agustín que en Carlos
Maurras, el apóstol del autoritarismo
nacionalista, que, según un suelto en-
tusiástico de *L'Action Francaise*, es-
crito para celebrar el golpe de Estado
español, va conquistando el litoral del
Mediterráneo: Turquía, Egipto, Gre-
cia, Italia, España (copio a *L'Action
Francaise*); pero que aún no ha con-
quistado a Francia, aunque *L'Action*
lo desea. Maurras es un apóstol para
los gentiles, un apóstol para fuera de
casa. En los momentos más críticos,
los *camelots du roi* no han conseguido
más que apabullar el sombrero de copa
del presidente de la República, en las
carreras de Longchamps. Eso ocurrió
en la agitada época de Boulanger y de
Dreyffus. Ahora, los nacionalistas in-
fluyen, pesan en la política francesa;
pero si quisieran imponer a monseñor
el duque de Orleáns, los *sergots* les
llevarían a la cárcel, a pesar de su
ternura por el nacionalismo, y *L'Ac-
tion Francaise* sería probablemente
desarraigada como lo fueron las órde-
nes religiosas cuando se lanzaron a
hacer política antirrepublicana. Aun-
que los nacionalistas miren a Anatolio
France como a un Anticristo, la lectu-
ra de *La isla de los pingüinos* ofrece
útiles advertimientos a los fieles de
Maurras y a los secuaces de León
Daudet.

Pero a lo que vamos. Allá se las
arreglen los nacionalistas franceses,
mientras no nos exporten con dema-
siada insistencia sus productos. Cada
uno en su casa y Dios en la de todos.

* * *

Hablábamos de San Agustín con
vista a la España presente, lo cual es
un regular rodeo, disculpable en las
presentes circunstancias. Conviene que
haya herejes. Esta máxima del sabio
obispo de Hipona ha hecho poca for-
tuna en las ortodoxias. Las ortodoxias
no suelen comprender la utilidad de
los herejes, ni los Gobiernos tampoco.
En las Repúblicas, los herejes son los
disidentes, la oposición.

El ímpetu biológico tiende no sólo
a la defensa, sino a la destrucción del
obstáculo. Esto que en el campo pura-
mente biológico, en el mundo vegetal
y en el mundo animal está guiado por
espontaneidades oscuras o por instin-
tos, se torna mucho más complicado y
peliagudo cuando de la biología se
sube a la historia. También en las Re-
públicas, es decir en las Sociedades
políticas, se siente el ímpetu biológico
de suprimir el obstáculo, de perseguir
al hereje. Pero San Agustín tenía ra-
zón. Los herejes, los disidentes, son
útiles.

A cualquier sujeto particular o pú-
blico, sea personaje, sea Juan Vulgar,
le agrada que no le lleven la contraria.